

aspectos del culto de los muertos, reproducen textualmente las opiniones pueriles de los historiadores positivistas del siglo pasado, en abierto contraste con la información científica actual.

Hay que lamentar, sobre todo, la superficialidad del trabajo, que favorece —seguramente contra toda intención del autor— una visión confusa y deformada de la religión del antiguo Perú.

*Onorio Ferrero*

*LES PÉLERINAGES*, Colección "Sources Orientales", Nº 3. Aux Éditions du Seuil. París, 1960, 372 págs.

Esta colección de monografías, redactada por especialistas sobre temas de historia de las religiones, que se inició hacen dos años, y de las cuales ya han aparecido tres temas, se ha afirmado brillantemente y aumenta su prestigio con la publicación de esta excelente obra sobre peregrinajes.

Los estudios hechos desde el punto de vista simbólico acerca de los peregrinajes y sustitutos tales como procesiones, circumambulaciones, laberintos, nos hacen remontar a aquella antigua ciencia que René Guénon denomina "Geografía Sagrada" que se relaciona con la historia de unos Centros espirituales situados en nuestro mundo, pero considerados como proyecciones y receptáculos de influencias superiores. Este simbolismo ha sido estudiado en sus implicaciones religiosas por Mircea Eliade en un capítulo especial de su *Historia de las religiones*. La historia de estos lugares que siguen siendo meta de peregrinaciones, aún cuando ha cambiado la religión de los pueblos que solían visitarlos (se puede ver, a título de ejemplo la obra de Petazzoni "Italia religiosa", constituye un extraordinario aporte a aquella nueva especialidad inaugurada por Deffontaine que se conoce con el nombre de Geografía religiosa, aunque —como es evidente— no presenta menor interés desde el punto de vista histórico y fenomenológico-religioso.

Romain Roussel en su obra "Les Pélerinages a travers les siècles" (Payot, París 1954) había desarrollado el tema en forma general con erudición histórica y singular brillo literario; pero creemos que aquí se ha superado a Roussel, por la mayor riqueza de fuentes, la precisión geográfica y la mejor información histórico-religiosa. Lástima que el campo de investigación —quedando limitado al Oriente— ha dejado fuera de su alcance los centros de peregrinajes de Europa, África y América.

Los peregrinajes estudiados son: los del antiguo Egipto por Yoyatte, de Israel por Vieyra, de la Meca por Muhammad Hamidullah, de los persas por Anwar, de la India por Jacque, del Tibet por A. M. Large Blondeau, de Indonesia por Cuisinier, de las Mesetas malgachas por S. Bernard Thierry, de la China por Shipper, del Japón por Usaku, Veinte mapas y un índice completan esta obra verdaderamente preciosa para los historiadores de las religiones.

Se pueden recomendar al lector, en manera especial, la excelente monografía sobre la Meca y la dedicada a los peregrinajes japoneses.

*Onorio Ferrero*

SANCHEZ, LUIS ALBERTO, *Atadino, o vida y obra de José Santos Chocano*, México, Libro Mex. 1960. 551 págs.

Luis Alberto Sánchez, ilustre polígrafo y esforzado historiador de nuestra literatura, nos ha ido entregando renovadas versiones, cada vez más orgánicas y amplias, sobre el conjunto de ella hasta llegar a *La Literatura Peruana* en seis volúmenes (Guaranía, 1951), publicada hace ya nueve años, y, paralelamente, nos ha brindado algu-

nas biografías. Tras dedicarse varios años a la ardua tarea de compilar las *Obras Completas* de José Santos Chocano (México, Aguilar, 1954), para ponerla en manos del aficionado y del crítico, labor todavía perfectible precisamente con los nuevos datos y piezas que anuncia y ofrece en estos días, y después de haber cumplido también con la necesaria labor de poner al alcance del lector medio una antología poética del vate (*Poesía*, Lima, UNMSM-Biblioteca de Cultura General, 1959, 2 vols.), ahora nos entrega una amplia y completa biografía que aprovecha la abundante documentación recogida en la larga y paciente tarea de compilador. *Aladino, o la vida y obra de José Santos Chocano* (México, Libro Mex, 1960, 551 págs.) es la obra que había prometido cuando, en 1951, escribía el *Prólogo* de las *Obras Completas*, advirtiendo entonces que el libro habría de ser por su asunto "el más novelesco que imaginarse pueda" (p. 12).

En los ochos años que van de la promesa a la entrega, Sánchez ha logrado construir, gracias a un método preciso y flexible, una rigurosa biografía del poeta y de su obra. Su erudita y ágil pluma ha conseguido entregarnos el vivir y el crear en forma completa y sugerente, asumiendo con método apropiado el caudaloso discurrir de una vida romántica que presta a su reconstrucción minuciosa un evidente saber novelesco. Nos sentimos, pues, instalados en aquel hontanar en el que drama (o novela) y vida se identifican en los pasos trágicos como en los pasos cómicos, haciéndonos necesario seguirlos con virginal admiración, juicio alerta y permanente comprensión, aunque quizá algunas veces nos sintamos sobresaltados por algunas fórmulas narrativas de historiador romántico que se complace en llevar la batuta, o por alguna detención escrupulosa de investigador implacable, insignificante dentro de tan estupendo ritmo narrativo, exacto a la vez que artístico, y nos sintamos un tanto lejanos del título elegido por fidelidad a la retórica del poeta.

Este libro entrega, con la historia de los ojos que juzgan, una enseñanza. Sánchez, tras haber cantado en su infancia las estrofas del Himno Nacional con la letra de Chocano, debió realizar sus primeros contactos con la poesía a través del verbo de éste en su última infancia y primera juventud. Lo cual significa no sólo que encontraría en el poeta su primer asidero estético, sino también, el primero de su concepción patriótica y de su visión de la vida. Pero más tarde el crítico estuvo en trinchera ideológica contraria a la del poeta y tras luctuosos acontecimientos, cada vez más distante de su credo, de su arte y su persona, hasta haber llegado a adoptar una frialdad inmisericorde y quizás una negación apasionada e injusta. Hoy, el crítico y biógrafo deja constancia, a lo largo de las páginas de su trabajo, de estas relaciones que nos ofrecen valiosos datos para la historia de las generaciones peruanas. Ahora bien, El autor tiene la hidalguía de explicar y rectificar sus propias actitudes y juicios, poniendo de manifiesto el valor moral de su maduro juicio de hoy, en el que apenas si se advierte la conciencia de la superioridad temporal y crítica que posee el intérprete sobre una personalidad de la generación anterior que estuvo al alcance de su experiencia vital y que todavía está al alcance de su labor crítica en la memoria renovada. Es una lección, pues, para las nuevas generaciones de críticos esta noble depuración de actitudes apasionadas y esta honrada autor-rectificación pública.

Otra evidencia aleccionadora es la evolución metodológica de Sánchez. A través de su ya copiosa obra, que empezamos a heredar, se nota un abandono de un cierto monocausismo decimonónico que hacía demasiado esquemáticas y un tanto parciales de enfoque sociológico sus páginas más valederas. Es signo de verdadera juventud espiritual el haber ido adentrándose cada vez más en la complejidad de la vida y la creación y, por lo tanto, el haberse decidido a prestar mayor atención, con enriquecido instrumental, a sus múltiples aspectos, de tal manera que, tras haber reconstruido las

figuras de evidente emoción social que encontraba dentro de su propia línea, ha sido capaz de intentar y conseguir la plástica comprensión de una vida cuya orientación ideológica y estética era distinta por época, por contextura personal, por vocación e ideales de la suya. Luis Alberto Sánchez ha mostrado así una juvenil madurez intelectual —valga la expresión— que nos promete una enseñanza incrementada y una colaboración eficiente y prolongada. Una generación de críticos que, como la mía, ha asistido a la renovación historiográfica que, desde un enfoque literario, ha enseñado, traspuesta la madurez, el maestro Américo Castro, no duda de la indeclinable juventud del espíritu.

Sánchez nos proporciona, con muy pocas lagunas señaladas por él mismo, una amplia y minuciosa historia de diversos acontecimientos, una vigorosa personalidad y nos acerca a una inquietante problemática; todo ello en trabada e inteligente urdimbre conseguida mediante una ingente acumulación y depuración de datos documentales, de informes de testigos y gracias a una cuidadosa y acertada consideración de las revelaciones autobiográficas del poeta: La niñez de Chocano en un cuadro familiar y genealógico completos, con especial atención a sus características y experiencias primarias; su juventud inquieta y rebelde en una hábil descripción de la aventura intelectual, religiosa y política que se desarrolla en ella; sus andanzas internacionales, hechas de recitales y homenajes, de participación en diversos cenáculos intelectuales, de amistades literarias, de colaboración en diversos planes políticos; sus desgracias y escándalos políticos, económicos y judiciales; sus amores a lo largo de toda su vida; el origen primero y las depuraciones posteriores de una obra fundamentalmente poética (pero también teatral, periodística, política y autobiográfica) que se entremezcla con tan diversos acontecimientos, cobrando pie en ellos o pretendiendo dominarlos. Por encima de toda esta abigarrada existencia y múltiples frutos, una vigorosa personalidad romántica a la que el autor nos acerca, invitándonos a escudriñar en algunos aspectos problemáticos y apasionantes. Ha cumplido con exactitud el inapreciable objetivo del título *vivir y crear*, desgraciadamente bastardado por quien primero lo acuñara. Debemos, pues, agradecer a Sánchez que haya desarrollado la esquemática y ágil presentación biográfica del *Prólogo* a las *Obras Completas* y el que haya enriquecido, con tan meritorio esfuerzo, la visión, limitada por el conjunto, que nos daba en *La Literatura Peruana* (t. VI, pp. 279-299). Con su labor ejemplar obliga a las nuevas generaciones a trabajar con porfiada dedicación en cada una de las figuras principales de nuestra literatura para ampliar, ratificar y rectificar la tarea histórica de conjunto y la labor antológica cumplida por las generaciones anteriores. En concreto, entregado el vivir y crear del poeta José Santos Chocano, Sánchez exige, desde la atalaya de su obra, que la crítica peruana nos diga quién es el poeta, a cuya elucidación Sánchez no sólo ha aportado todo lo señalado, sino también, con fino sentido de guía, a lo largo de su obra y, especialmente en sus dos últimos capítulos, una recopilación y somero análisis de los principales juicios críticos sobre la poesía de su biografiado, una esquemática evolución de su labor poética y un rápido análisis de cada una de las obras —atendiendo a la tradición literaria de la que viven—, resumiendo la discusión sobre las principales características que se le atribuyen, presentando someramente su prosa y ofreciendo un estado de la cuestión y un balance. Si esto no basta para que la crítica literaria peruana, que ha estado trabajando con acierto en el autor, intente un estudio integral y completo del poeta Chocano, será por falta de auténtico espíritu de trabajo, por indiferencia inexplicable o por falta de condiciones favorables a la tarea intelectual en el Perú. La valiosa obra de Sánchez ha lanzado un reto ineludible a las personas y, por qué no, a las instituciones.

Nuestra reseña del libro de Luis Alberto Sánchez sería incompleta si no trajéramos aquí algunas inquietudes y comentarios que ha despertado en nosotros su lectura y que, en verdad, constituyen la raíz de nuestra gratitud.

Nos sentimos invitados a observar, gracias a los estudios de Sánchez, cómo "Chocano es un rehacedor constante de sus viejos versos" (p. 195), aunque también nos conste que en algunas etapas se dejó llevar por el repentismo y el compromiso externo. Basta recordar el caso de la reelaboración de *La Epopeya del Morro*, realizada con mano severa, severísima; las sucesivas podas del volumen *En la Aldea*; la concienzuda antología de *Fiat Lux* (recuérdese que en *Alma América*, el poeta condenaba al olvido toda su obra anterior). Será necesario ir viendo como en esta azacaneada vida del vate hay a ratos una euforia a la que se entrega con inconsciencia perjudicial, cómo arrastrado por las circunstancias descuida su interioridad, pero cómo existe también, en otras oportunidades, una reelaboración cuidadosa en la que, con mano firme y fina dominando su elocuencia, rehace versos y depura antologías. Para un estudio de la conciencia artística y de la evolución estilística del poeta hay un rico conjunto de variantes al que nos acerca la minuciosa labor de Sánchez.

Nos atrae el mundo metafórico de Santos Chocano, que gusta o disgusta según las personas, según las generaciones. No parece muy exacta la afirmación de que Chocano "piensa en imágenes", como quiere González Prada. *Metáforas, no imágenes* es la precisión que encontramos en Sánchez. Y todavía podamos ir más allá: comparaciones, meras comparaciones muchas veces. Comparaciones que delatan un cierto cerebralismo, enemigo de la plasticidad poética, así como también una clara superegolatría grandielocuente, que interviene con las fórmulas propias de la comparación, como bien señala Sánchez (p. 532). "Lleno de significado, luce una selva de metáforas" (p. 193), observa al estudiar *Alma América* y esta afirmación es valedera para el conjunto de la obra. Creemos que en el análisis y deslinde de sus imágenes, metáforas y comparaciones está en gran parte el secreto de su particular lirismo a veces poco lírico, de su sabor épico, el secreto de su aparente o real objetivismo.

Acierta Sánchez cuando, situando a Chocano dentro del débil y románticoide modernismo peruano, observa que esta poeta "habría sido uno de los más entrañables modernistas de no haber nacido en el Perú de entonces, regido por la pasión revanquista y urgido de una voz patriótica" (p. 534). Chocano, testigo infantil de la guerra con Chile, comprometido en temprana incursión con la política de un país urgido de vida cívica y democrática, comprometido por la efervescencia de nuestra América en formación en la vida política del Continente, resulta figura paralela a los personajes de la generación del 98 en España, que también se negaron a la corriente modernista. Y no hay que olvidar que el propio Darío tuvo sus buenas vetas de poesía política. Al parecer, en Chocano este fenómeno se agudizó hasta casi frustrar totalmente su modernismo, hasta imponerle un cierto ritmo épico, hasta incapacitarlo para modular un ritmo adecuado para sus mejores y más puras vetas líricas, hasta hacerlo incurrir en un ritmo uniforme, externo, grandielocuente y fatigoso —"bombo de retreta provinciana" lo han considerado algunos— e impedirle lograr aquella maravillosa orquestación, no sólo ritmo métrico, de Rubén que espera un fino y renovador análisis. De allí que en su "fórmula" modernista existiera, preponderante, un romanticismo exaltado; de allí su reducción formal de la ya reducida aspiración formal del modernismo peruano advertida por Monguió. Sin embargo, dentro de la orientación modernista está su intento —con el antecedente de González Prada— de conseguir y emplear nuevos metros y ritmos cuantitativos, quizá en frustrados intentos de acercarse al polirritmo o al verse libre de Walt Withman. Es decir, nos hemos acercado a otro tema im-

portante: el estudio del ritmo en Chocano, que puede revelarnos el metal exacto de su voz.

Nos inquieta, desde lo íntimo, el título de Poeta de América. Es cierto que, como Sánchez precisa, Chocano se propuso desde muy temprano, dentro de un ambiente propicio, encontrar una expresión americana y que, pretendiéndose paladín de la América hispánica, en una especie de declaración de un Destino Manifiesto, proclamó, frente al norteamericano Withman, su dominio del Sur. Sin embargo, como dice muy bien Sánchez: "El alma de América, múltiple y poliforme, no cabía dentro de un verso unitario y monoforme, por muchas que fuesen las innovaciones intentadas —logradas algunas— por Chocano" (p. 549). Pero es necesario reconocer que fué el iniciador y adalid del *mundonovismo*, en una afirmación de la realidad peculiar del Nuevo Mundo, de la peculiaridad de su paisaje y de su hombre, saturado de paisaje e historia; en una afirmación de su singular raigambre hispánica, amalgamada con la indígena; en una declaración de fe en su porvenir; en la expresión semi-objetiva o semi-épica de la personalidad individual y colectiva del hombre de América (p. 550); aunque sea cierto también que se dejó arrastar más por el programa político que por la expresión artística, exagerando la parte externa del paisaje americano, la nota histórica declamatoria en su énfasis excesivo. Es, pues, indudable que, dentro de su egolatría y exacerbado liderato, no trató de sugerir la descripción del alma de América, sino, más bien, la identificación de su persona con el Continente en el título *Alma América* (p. 143), lo que encontraría equivalente exacto, según nos atreveríamos a precisar, en la frase: "Yo, he aquí el alma de América". Si bien no creemos que Chocano haya sido el cabal ejemplar del alma de América, podemos escudriñar, a través de un lento estudio guiado por estas afirmaciones de Sánchez, en qué medida, con virtudes y defectos, Chocano fué un alma americana y su obra el testimonio poético.

Guarda interés el estudio minucioso de todas las fuentes literarias de su producción que ha señalado Sánchez a lo largo de su obra: así como también, el de su relación con las personalidades de que se acompaña, identificándose vitalmente con ellas de manera romántica, sin que muchas veces exista real coincidencia literaria, como muy bien distingue Sánchez. Así podremos percibir, de un lado, su originalidad naciente y el preciso perfil de sus aspiraciones literarias y, de otro, su concepción de la propia figura humana. Recogiendo otras observaciones de Sánchez, es curioso hacer notar su propensión a las imágenes visuales centradas sobre su visión escultórica que se manifiestan en sensaciones táctiles, deladoras de su carácter de hombre de acción; destacar la exigua presencia de la luna dentro de su vocabulario, en contraste con la abundancia de sol, lo que revela su sano y vigoroso espíritu, alejado del romanticismo y del modernismo enfermizos y la presencia, en cambio, de la ola, movimiento que exacerba su actividad y su melancolía. Nos atrae, pues, el hombre de acción que, para bien o para mal, existe siempre detrás de su poesía. Y en este aventurero, finalmente descrito por Sánchez, desde su juventud y a través de sus andanzas de la mano familiar del Gran Capitán, es sugestivo tema de estudio exhaustivo el de su ideología y actitudes políticas que, dentro de nuestro tempestuoso ambiente americano y peruano, lo comprometieron en algunas polémicas que terminaron en sucesos desgraciados. Sánchez precisa la fecha temprana en la que manifestó su teoría sobre las "dictaduras organizadoras" y, aclarando su actitud anti-oligárquica y anti-imperialista, destaca la posibilidad de entender su acercamiento a algunos dictadores como consecuencia de un permanente afán, preciso y valedero, que, en algunas ocasiones lo llevaron a soñar planes atrevidos y a adoptar actitudes osadas.

El itinerario hacia el encuentro consigo mismo. Sería alucinante estudiar con más detenimiento aquel proceso de maduración interior que va señalando, paso a paso, Luis

Alberto Sánchez, desde cuando el dolor empieza a reemplazar a la soberbia, cediendo al lírico la voz el épico, cuando el hombre nació de las cenizas del histrión (p. 258). A partir de 1910, en la tercera etapa de su vida, que es cuando "empieza la agonía, el tono íntimo es más hondo y fino", advierte Sánchez (p. 550). Últimos tiempos en los que Chocano "adelgaza voz y temas" y los *Nocturnos* "revelan cuitas hasta entonces concretas" (p. 546), cuando un incremento de los recuerdos y añoranzas, que "sustituyeron a las visiones directas" (p. 519), presta una amable dosis de lirismo íntimo a su verbo, o cuando un último y tardío amor lo doblega hasta un manso infantilismo.

Aquí está el ególatra y el poeta de intención ecuménica que declaraba: "He de hacer yo del arte mi mejor fe de vida / y he de hacer de mi vida mi mejor obra de Arte" (*Arte y vida*) y que, con más fuerza que canto, vaciló entre el cóndor y el sinsonte (*El sinsonte*), que pretendió ser "el cantor de América autóctono y salvaje", y proclamó: "Mi lira tiene un alma, / mi canto un ideal", contraponiéndose a Darío expresamente al decir: "mi verso no se mece colgado de un ramaje / con un vaivén pausado de hamaca tropical" (*Blasón*), y que, años más tarde, se volcaba intimista, revelando su anhelo de acuñar la moneda "con qué comprar la gracia primero de la vida, / aunque lo hiciese a precio del último ideal...!" (*Pregón lírico*).

Al finalizar su comprensivo y jugoso libro, Sánchez nos invita a que "dediquemos esfuerzo crítico y comprensión humana" a desvelar aquella íntima fuente, "romántica y dormida", sobre la cual Chocano confiesa entre paréntesis: "única cosa que en la vida / me he reservado para mí..." (p. 551). Creo que estamos obligados a responder a la invitación, a intentar llegar, como don Pedro Salinas a la insatisfacción íntima de Rubén, nosotros al cansancio íntimo del turbulento Chocano, melancólico de niñez.

Armando Zubizarreta G.

DEHENNIN, ELSA: *Passion d'absolu et tension expressive dans l'oeuvre poétique de Pedro Salinas*. Gand, Romanica Gandesia, 1957, 208 pp.

Al comenzar su investigación sobre la obra poética de Salinas, Elsa Dehennin tenía ante sí un campo casi virginal. Es cierto que se había publicado numerosos artículos sobre Salinas, pero, éstos en su gran mayoría no eran sino breves intentos, sin mayor rigor, de acercamiento al hombre o al poeta. Casi podemos decir que aparte de la voz amiga, cargada de acertadas intuiciones, de Jorgen Guillén, el único trabajo de importancia era el de Leo Spitzer. Elsa Dehennin tenía pues la posibilidad de realizar un análisis total, y el libro que reseñamos, tesis en 1954, parece ser un intento de lograrlo.

La obra está dividida en dos partes: Un análisis interpretativo en orden cronológico de toda la obra poética que llama *Passion d'absolu*, porque está fundamentalmente orientado a descubrir cómo se manifiesta en Salinas la búsqueda de lo Absoluto, y un acertado estudio de los recursos formales —segunda parte de su libro— que la autora llama *Tension expressive*.

Para su análisis, E. D. ha dividido la obra en ciclos, en una división que nos parece muy acertada. En el primer capítulo que estudia el ciclo formado por *Presagios*, *Seguro Azar* y *Fábula y Signo*, la autora observa cómo Salinas descubre las cosas con alegría juvenil, y explica, con indudable finura, el entusiasmo del poeta por las cosas modernas. Este entusiasmo de Salinas ofrecerá vivo contraste con su posterior ironía frente al mundo técnico y mecanizado de Norteamérica. E. D. expone que en el mundo íntimo del poeta hay un yo que clama por la esencia palpable e impalpable.